

Navarra en los yacimientos de Arrosia (Arróniz), Andelo (Mendigorría) y Turbil (Beire). Sin embargo, parece haber una cierta graduación de este fenómeno en el sector montañoso de Navarra, donde emergen con cierto retraso respecto a las ciudades del eje del Ebro, ya que los castros u oppida aquí identificados (Castillo de Irulegui en Aranguren o Irunzu en Zabaldika) parecen tener por estas fechas menor entidad urbana y territorial. Todos estos grandes establecimientos urbanos tienen una serie de rasgos comunes: ocupan emplazamientos en altura desde donde se puede ejercer un gran control territorial y se encuentran profusamente fortificados.

Cuando Roma inició la conquista de esta región a comienzos del siglo II a. C., se encontró con un territorio que ya estaba políticamente organizado en estas ciudades-estado fortificadas dirigidas por las élites guerreras, siendo la ciudad el máximo exponente de su estructura y la cabeza rectora de su territorio. Las primeras confrontaciones bélicas tuvieron lugar en el valle del Ebro en el año 206 y se sucedieron en territorio celtibérico hasta la pacificación impuesta por Graco en el 179 a. C., cuando fundó su ciudad epónima Graccurris en la actual Alfaro, y sometió a las distintas ciudades de la Celtiberia Citerior a una serie de obligaciones militares y económicas con Roma. Los conflictos en el Ebro y el alto Duero se fueron sucediendo periódicamente en el área celtibérica hasta que Escipión cercó Numantia en el 133 a. C., dando fin a la denominada Segunda Guerra Celtibérica. Las consecuencias de todos estos acontecimientos tuvieron su repercusión en el poblamiento del sector meridional de la actual Navarra. Advertimos cambios de emplazamiento de los oppida que hasta entonces articulaban el territorio, pues se abandonaron aquellas ciudades fortificadas en altura que habían surgido entre los siglos IV y III a. C. (Cabezo de la Mesa, Arrosia y Turbil) mientras que se reestructuran e impulsan urbanísticamente otros asentamientos (Kaskata en Cascante, La Custodia en Viana, El Castillo en Los Arcos, Los Cascajos en Sangüesa y probablemente Cara en Santacara), a excepción del caso de Andelo (Mendigorría), en el valle del Arga, ciudad que siguió habitada.

Sin embargo, en las cuencas prepirenaicas y en la montaña navarra el punto de inflexión del cambio en los patrones de asentamiento tuvo lugar algo más tarde, en el contexto de las guerras civiles del siglo I a. C. entre Pompeyo y Sertorio. Las evidencias arqueológicas recogidas nos permiten determinar que, en los años centrales de la década de los setenta de esa centuria, la cuenca de Pamplona -también el resto de lo que hoy es Navarra- fue escenario bélico de la praxis política romana con frentes de lucha entre los dos bandos, involucrando a la población indígena, que por esas fechas seguramente tendría en los grandes oppida de las sierras periféricas (Castillo de Irulegui, Irunzu, Peña Larragueta/Castillo de Sardea) los centros políticos y económicos que jerarquizaban el poblamiento prerromano de la comarca de Pamplona.

EL FIN DEL POBLAMIENTO FORTIFICADO Y LA APARICIÓN DE LAS CIUDADES Y ALDEAS ABIERTAS

El paso de un paisaje dominado por los hábitats fortificados de la Edad del Hierro a otro de ciudades y aldeas abiertas sin amurallamiento -modelo de la civilización romana- se impuso en los últimos años de la República y, sobre todo, a partir de la Pax Augusta. Algunos poblados y castros protohistóricos siguieron habitados durante el Imperio como vici, si bien en casi todas estas aldeas se abandonaron sus acrópolis fortificadas o zonas altas y escarpadas para ocupar nuevos emplazamientos en el llano, al igual que las villae que se levantaron de nueva planta, orientadas a la explotación agrícola y ganadera del territorio. Habrá que esperar a la crisis del siglo III d. C. para poder ver de nuevo las ciudades fortificadas -murallas que se levantan con prisa por la inestabilidad de la época- como ocurre en Pompelo (Pamplona) y Cara (Santacara). Ya en la Tardoantigüedad, y a lo largo de toda la Edad Media, muchos de los castros y de los dispositivos arquitectónicos poliorcéticos típicos de la Edad del Hierro (murallas, torres equidistantes, puertas-torre, fortalezas de fachada junto a las puertas, fosos, etc.) volvieron a estar en uso con las debidas adaptaciones a las técnicas constructivas y sistemas defensivos de la época. Buena parte de los castillos que levantó para su defensa el Reino de Navarra ocuparon antiguos castros y poblados de la Edad del Hierro: Monreal, Irulegui, Tiebas, Guerga, Maraño, Costalera, Malpica, Sangüesa, Goraño, Valtierra, Mirapeix, Tafalla, Tudela, Sartaguda, etc. Sin embargo, habrá que esperar a los siglos XV-XVI, cuando se desarrolló el ingenio de la artillería con el disparo de proyectiles a larga distancia impulsados por carga explosiva, para observar novedosos cambios en la arquitectura civil y militar defensiva gracias a la aparición de las fortificaciones abaluartadas y los glacis, que supuso el progresivo abandono de las seculares fortificaciones compuestas por murallas y torres que, como hemos visto, tuvieron su origen en nuestra región en la Edad del Hierro.

TRES EJEMPLOS DE FORTIFICACIONES DE LA EDAD DEL HIERRO EN NAVARRA

La ciudadela de las Eretas (Berbinzana)

El poblado de Las Eretas se levanta en una fértil planicie aluvial del río Arga, junto al caudaloso río que la generó, pero sabiamente ubicado fuera de su lecho de inundación. Su emplazamiento en llanura no cumple los patrones de asentamiento típicos de la Edad del Hierro en el valle del Arga, caracterizados por ocupar lugares en altura, como ocurre en otros poblados fortificados contemporáneos descubiertos en las localidades circunvecinas de Mendigorría, Larraga, Artajona, Miranda de Arga, Falces y Peralta.

Por los datos recabados en su excavación, sabemos que el poblado de Las Eretas es una fundación ex novo que se produjo en los albores de la Edad del Hierro (siglo VII a. C.) por parte de un